

MARÍA BUIL

EL INSTANTE ATRAPADO

TENIR L'INSTANT

PRENSAS DE LA UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

MARÍA BUIL

EL INSTANTE ATRAPADO

TENIR L'INSTANT



Vicerrectorado de
Cultura y Proyección Social
Universidad Zaragoza

MARÍA BUIL

EL INSTANTE ATRAPADO
TENIR L'INSTANT

Salas Goya y Saura. Edificio Paraninfo.
2 marzo - 8 julio 2023

UNIVERSIDAD DE ZARAGOZA

Rector Magnífico

José Antonio Mayoral Murillo

Vicerrectora de Cultura y Proyección Social

Yolanda Polo Redondo

Directora del Área de Cultura

María Victoria Bordonaba Juste

EXPOSICIÓN

Organiza

Vicerrectorado de Cultura y
Proyección Social

Coordinación

María García Soria

Coordinación adjunta

Marta Monja Monge

Transporte y montaje

Robert SL

Seguros

Marsh SA

PUBLICACIÓN

Edición

Prensas de la Universidad de Zaragoza
Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social

Coordinación

María García Soria

Coordinación adjunta

Marta Monja Monge

Textos

María Buil

Antón Castro

Pepe Cerdá

Cristina Grande

Ismael Grasa

Fotografías

María Buil

Columna Villarroya

Coordinación

María García Soria

Coordinación adjunta

Marta Monja Monge

Diseño y maquetación

Estudio Novo

Impresión

Calidad Gráfica

© de las obras, su autora

© de los textos, sus autores

© de las imágenes, sus autoras

ISBN: 978-84-1340-628-2

D. L.: Z 360-2023

ÍNDICE

Presentación.....	6
El instante irrepetible de María Buil.....	8
María y yo tenemos el mismo oficio.....	14
Vencer el miedo.....	20
La luz de María Buil.....	24
Obras. Rojo.....	31
Ideas sueltas y dudas.....	82
Obras. Verde.....	87
De la exposición <i>Lo visceral en la experiencia estética</i>	142
María Buil, currículum.....	147

PRESENTACIÓN

José Antonio Mayoral Murillo

Rector de la Universidad de Zaragoza

María Buil (Zaragoza, 1970) es una magnífica pintora. Motivo más que poderoso para que su obra pueda disfrutarse en la nueva exposición que el Vicerrectorado de Cultura y Proyección Social de la Universidad de Zaragoza organiza en las salas Goya y Saura del Paraninfo universitario. Su título, *El instante atrapado* –y su traducción al francés, lengua en la que Buil convive actualmente, *Tenir l'instant*– es el perfecto resumen de su identidad plástica y su declaración artística.

Sus obras son, esencialmente, retratos y a la vez bodegones, que varían su objeto retratado, pero que aborda indistintamente de la misma forma. Bodegones retratados de carnes, flores, verduras, frutas, pasteles, madres, bebés, niños, familiares queridos... desprovistos de fondos, o más bien abrazados por un aura blanca y luminosa.

Buil pinta ese instante protagonista, rodeado del tiempo imparable que se desvanece y que por ello elimina. Las formas se despojan de su contexto que, en esa fugacidad momentánea, nada importa. En su lugar pinta la ausencia, en forma de luz cegadora, que bien podría remitirnos al instante del nacimiento, a la calma después del dolor y el esfuerzo, en el que solo aquello que ha emergido merece nuestra atención.

Posa los ojos silenciosa ante su protagonista –ya sea una gran acelga, un pequeño corazón visceral, unas flores o un tierno bebé– y establece una comunicación directa ajena a todo y todos. A nosotros, como espectadores, solo se nos permite acceder a un instante concreto en ese flujo temporal, nos roza, pero fluye incesante y aislado en un plano al que solo la pintora y su retratado pueden acceder.

Más de setenta obras pictóricas, en su mayor parte de grandes formatos, se desarrollan en dos salas divididas cromáticamente: la «sala roja», en la que se dan cita sus cuadros de carnes, bien sean vísceras, ángeles, corderos, pesadillas o retratos familiares; y la «sala verde», repleta de frutas, verduras, flores, pasteles y bebés.

Completan este *instante atrapado* los textos de Antón Castro, Cristina Grande, Pepe Cerdá, Ismael Grasa y la propia autora. A todos ellos queremos expresar nuestro agradecimiento y, sobre todo, a María Buil que, desde París, traza hasta nosotros un hilo de luz de blanco titanio.

1. OBERTURA. ACASO UN RETRATO

En el año 2009, cuando la invité a exponer en París, Pepe Cerdá dijo de María Buil: «Es una pintora excepcional que defiende lo que yo defiendo. La pintura es un modo de contar cualquier cosa. La pintura es forma, da lo mismo que pintes una lechuga o un trasatlántico. Creo que no pretendemos hacer arte, pretendemos hacer pintura». Para entonces, María Buil ya tenía una valiosa trayectoria: había estado dos años en la Casa de Velázquez y había deslumbrado, literalmente, con su exposición en el Monasterio de Veruela. Allí, en 2002, mostraba una gran personalidad y una gran seguridad pictórica en cuanto tocaba, pero especialmente en el retrato, el dominio de la luz, la sutileza y una atmósfera particular, enigmática, expresionista, de una belleza tan sensible como inquietante y cuajada de heridas en ocasiones. Por aquello de las afinidades, había ecos de Rembrandt, de Velázquez, de Edward Hopper, de Francis Bacon y Lucien Freud, pero se veía que seguía su senda con libertad y con algo que ella misma subraya, pinta con un vértigo inicialmente y luego con gozo. He ahí dos palabras claves que definen la aventura plástica de María Buil: vértigo y gozo.

Nos dice para la preparación de esta nota sobre su exposición en el Paraninfo de la Universidad de Zaragoza: «Cada vez pienso menos cuando pinto. Cuando mejor lo hago es cuando tengo la mente en blanco. Y cuando esto sucede, soy consciente de que estoy ante un acto de naturaleza extraña, porque no lo siento ni racional ni instintivo. Es algo muy intenso y me da mucho vértigo. Con el tiempo he aprendido a gestionar mejor esta vivencia. Ahora ya sé que vuelvo siempre viva del abismo al que me lanzo y que supone para mí esta experiencia». María Buil tiene algo de pintora secreta, volcada con sus

cuadros y su mundo interior que emerge con brillo y sugestión. Insiste en sus consideraciones sobre el oficio y la vocación: «Así “pintar”, como acto creativo y no como profesión, significa para mí saber mantenerme con un pie en el abismo y otro en el taller. Soy consciente de que es una experiencia, aunque vertiginosa, privilegiada. Doy gracias por ella y compensa toda la incomodidad y la dureza del ejercicio de la pintura como profesión».

A lo largo de los años, la obra de María Buil se ha ido sedimentando con nuevas comparecencias en la Casa de la Mujer, el Torreón Fortea, la sala Gil de la Parra o la Aljafería, y por supuesto en París, donde reside una buena parte del año, y en varias ciudades europeas. La pintora, discreta y elegante, ha abrazado nuevos asuntos como la pintura mural, la atracción por la carne como materia, sueño y símbolo (y eso incluye tanto las vísceras como los desnudos), los animales, las flores y las hortalizas, hasta pequeños placeres como los helados o los pasteles. Le interesan, suele decir, las pequeñas cosas de la vida que le sorprenden o la interrogan, lo inanimado casi imperceptible que, de repente, le exige ser pintado. Confiesa: «De vez en cuando, mientras vivo mi rutina ordinaria, me encuentro con cosas que me llaman la atención de forma extraordinaria. Cuando esto ocurre, no me cuestiono intelectualmente por qué lo hacen. De forma instantánea y obsesiva reacciono “agarrándome” a esa experiencia como puedo, con los recursos que tengo a mano, fotos, vídeos, apuntes y notas escritas. Actúo de forma rápida intentando hilvanar ese “algo” tan inmenso que no sé qué es antes de que desaparezca. Luego cuando estoy en el taller, intento hacerlo aparecer de nuevo en la tela. Sé que la pintura puede hacerlo. Yo lo voy intentando de diversas formas hasta que aparece o abandono. A veces es un proceso largo, a veces no».

Con este bagaje y esta sensibilidad, María Buil aborda la que quizá sea la exposición más ambiciosa de su carrera que ha preparado a conciencia: una selección de su obra de distintas épocas, desde 1999, hasta el verano de 2022, que divide en cierto modo en cuadros de la muerte y la vida. La muerte, y otras variaciones, en la sala Goya, y la vida y sus placeres, en la sala Saura.

2. LA MUERTE ACECHA

Hace ya tiempo que, como a Rembrandt con su *Buey desollado* y a Zurbarán con su *Agnus Dei*, a María Buil le interesan los animales muertos, desollados, abiertos en canal. Es algo que forma parte de la cotidianidad, de nuestros ritos, algo que se hace a diario en mataderos o que se puede ver en carnicerías. Y enfrentarse a esas ovejas no parece la tarea más fácil del mundo. La pintora trabaja de muchas maneras, del natural con pequeñas piezas e imaginamos que de la observación directa y con fotos. Aunque tengan una tradición pictórica, no solo en Rembrandt, Anibale Carracci o Sánchez Cotán, ese tipo de cuadros no son nada fáciles porque algunos los calificaron dentro del mal gusto: son exigentes en la meticulosidad, en la abundancia de detalles y la variedad del colorido, y quizá resulten desagradables o casi un desafío para la mirada del espectador. María Buil supera siempre la frialdad clínica: el pincel de su bisturí cromático es intenso, matizado y enérgico, de texturas barrocas. Y realmente conmueve su precisión, esa forma de retratar a la muerte. Hay muchas más cosas: testículos, riñones, vísceras, manitas y cabezas de cerdo, peces, y todo ello es interpretado con una mirada despojada y atrevida, dominada por dos colores que se imponen: el rojo y el rosa. Son bodegones y a la vez *vánitas* que revelan una forma de mirar, de analizar, de interrogarse, y un modo de interiorizar sensaciones desapacibles. María Buil ob-

serva la muerte de frente y con una orientación plástica, puramente estética, y ella misma apunta que esa parte de su obra invita a reflexionar sobre «la fugacidad y la fragilidad de la vida y de la materia orgánica, la soledad, la intimidad, el miedo». Esas impresiones las podemos sentir quienes contemplamos sus cuadros, y antes, en su estudio, las ha percibido ella. Pavor, vulnerabilidad, piedad, inquietud y silencio.

En esta sala hay más cosas: algunos de sus poderosos retratos. María Buil mira, capta, interpreta y pinta cuerpos y miradas, ambientes y también el desconcierto de existir. En esa disciplina se siente particularmente cómoda y tal vez segura. ¡Cuánta humanidad y psicología hay en los gestos y en los ojos! ¡Qué ternura, qué serenidad tan abisal! ¡Qué afán de trascender la realidad! La pintora se atreve a ver más allá de lo inmediato: cada retrato sugiere un mundo interior, un caudal de sensaciones, un naturalismo expresionista que nos atrapa, un escalofrío, las turbulencias indecibles. Todo está trabajado: la piel, la ropa, el escenario, el amago de sonrisa y la gravedad. Hasta rinde un homenaje juguetón a los ángeles de Fragonard.

María Buil repite a menudo que no es una intelectual de la pintura, que no piensa demasiadas teorías sobre su oficio porque la auténtica teoría está en su entrega, en sus temas y en su posesión del color. La pintura no le ha dado la espalda a aquello que nos sucede, y la muerte está ahí como una amenaza o una certeza inexorable. Y ella siempre tiende puentes, dialoga con la historia del arte y no se arredra. Su universo es sensible, refinado, lleno de pliegues y repliegues, y ante el lienzo combate sus propios miedos. Araña el alma de sus modelos, su padre y su madre, su tía, su hermana Ana (que murió de cáncer y le hizo un retrato *post mortem*) y se araña

su propia alma. No hay más que acercarse a sus piezas y ver cómo aplica la pintura, cómo trabaja los fondos, cómo descubre la pena, el desgarró, el candor, la enfermedad, ese paso del tiempo que anuncia desamparo o pérdida de memoria.

3. VIDA EN TODOS LOS HUERTOS Y PAISAJES

Hace algunos años, María Buil decía: «En mi caso llegó un momento en que echaba en falta la fuerza de la tierra que encuentro en Aragón, el poder de lo instintivo, la atracción de la materia, de la comida, de la luz y del calor». Se instaló en Orillena, Lanaja, donde halló una nueva vida, un huerto, un paisaje, la experiencia directa del campo y de la tierra, y allí empezó a interesarse por la comida (helados, pasteles, mandarinas), las flores, las hortalizas. Esos elementos son los que ocupan la sala Saura. La propia artista declara que para ahí ha reservado esos cuadros donde «aparecen el hedonismo, la representación de la belleza, la frescura, la ternura, la sensualidad, el placer sensorial». Son su canto a la vida, su exaltación de la naturaleza, aunque no reside solo en Orillena: también pasa mucho tiempo en París. Y en esas piezas la artista se aplica del mismo modo: con intensidad y esa pincelada personal, untuosa y rabiosa, donde restallan la exactitud, los detalles, su afán de trascendencia. O lo que ella denomina «salvación». Aficionada a redactar pequeños textos y esbozos de pensamiento pictórico, decía: «El óleo es capaz de hacer que una mancha produzca salivación, del mismo modo que la producirían las fresas o el chocolate que le sirven de modelo».

María Buil tiene la facultad de trasladarte al espíritu atemporal de la pintura. Es clásica y moderna, serena y audaz. Se vuelca en el lienzo con una sensibilidad única y logra despertar la energía interior de las flores, de

las coliflores o las coles. Sus flores, como si fuera María Luisa de la Riva, son como un arsenal de colorido y de mancha. No hay más que ver ese Ramillete silvestre gigante. Anhela la armonía y la encuentra, y mezcla nuevos rojos que destila con un verde más exuberante y variado. Y domina, de nuevo, el bodegón, el más exento, justo de elementos, pero también el que mezcla muchas cosas, como un *collage* de hortalizas.

En las copas de helados, en apariencia un tema trivial que podría parecer escasamente refinado, consigue un sinfín de matices con esos rojos carnosos; evocan veranos al aire libre, algazara y felicidad. Otro tanto sucede con esos fragmentos de pasteles. En esos cuadros parece acercarse a la pintura pop. Todo es válido en la pintura si hay sentido de la composición, cromatismo, pincelada y voluntad de apresar un instante irrepetible. Si antes rendía homenaje a Fragonard, aquí conversa con el gran pintor de flores, el holandés Jan van Huysum, y le dedica un cuadro específico.

En esta sala también hay retratos, sobre todo de niños, otra pasión o especialidad de esta artista, como se ve en Bebé, Estela o Manuela, su hija, a la que ha pintado en diversas ocasiones como si hiciera una crónica visual de su crecimiento. En todos ellos, resaltan sus ojos, grandes, asombrados tal vez, dentro de una pieza armónica, que apenas utiliza fondos porque lo determinante es la cara, la suavidad de la mirada, el misterio, lo que no acertamos a adivinar.

La pintura de María Buil es eterna. Es de ahora, de ayer, de anteayer y de siempre. Es una pintura sincera, no siempre diáfana o amable, pero sí vertiginosa, que nos apresa y nos recuerda el valor intrínseco de una técnica y de una modalidad que buscar perpetuarse en el tiempo.

Ella lo logra cuadro a cuadro, y consigue ser ella misma, única y vocacional, sin renunciar ni a Goya ni a Velázquez ni a Morandi, por citar tres genios bien distintos.

María Buil se desnuda como nunca en esta exposición, la más completa de su carrera. No tiene prisa ni se exhibe: se compromete consigo misma y con el lienzo, con el paisanaje que la arropa y con ese enigma indescifrable que envuelve no solo a la obra, sino su modo de hacer, despacioso, obsesivo, intenso, su contundencia expresiva. Todo lo que la rodea le sirve y le interesa porque da lo mejor de sí: se da ella, con el pincel y el corazón, con las tripas y la inteligencia.





MARÍA Y YO TENEMOS EL MISMO OFICIO

Pepe Cerdá

«Lo bello está hecho de una sustancia eterna, invariable, en una proporción difícil de determinar, y de otro componente relativo, circunstancial, que será, si se quiere, más fácil de identificar. Estaría conformado por estos cuatro elementos: la época, la moda, la moral y la pasión. Sin este segundo elemento que es como un envoltorio llamativo, centelleante, aperitivo de un divino pastel, el primer elemento será invisible, indigestible, inapreciable, no adaptado ni apropiado para la naturaleza humana».

Charles Baudelaire, *El pintor y la vida moderna*

Abro la carpeta que contiene los cuadros de María Buil. Me la acaban de mandar para que me haga una idea de lo que se va a exponer.

Hay dos subcarpetas dentro. Una está titulada como cuadros rojos y la otra como cuadros verdes. En la pantalla hago desfilas los cuadros con rapidez. Hace tiempo, mucho, que conozco a María y a su pintura.

No me sorprenden, pero me gustan mucho. Siempre me gusta la pintura de María. No se lo he dicho nunca, pero lo más apreciable para mí de su trabajo desde el principio es que no ha tenido ninguna influencia externa. Lo normal en los pintores es que comiencen su carrera influenciados por algún otro artista y lo deseable es que poco a poco comiencen a escuchar su propia voz para dar paso a su personal modo de hacer. Algunos, no pocos, no lo consiguen nunca y portan gustosos el yugo ajeno toda la vida.

La época y la moda también es común que dicten el trabajo artístico. Muchos artistas se toman su quehacer

como una apuesta, como un modo de hacerse visibles y solo lo serán si son capaces de mimetizarse con las últimas tendencias. Como una especie de concurso oposición en el que serán elegidos si hacen lo que se supone que se espera de ellos, si aprueban.

Pero no es el caso de María. María ha tenido siempre clarísimo lo que es la pintura y lo que quiere que sea la suya.

No se lo he dicho nunca pero su actitud ante la pintura me ha servido de ejemplo, de guía, cuando la duda aparece y ya no sabe uno por dónde seguir.

María y yo tenemos el mismo oficio. Y a pesar de esto somos en el más profundo sentido de la palabra: colegas; es más, sería más apropiado emplear la palabra cómplices. Siempre estamos de acuerdo en lo esencial sin necesidad de plantearlo.

María y yo sabemos que pintar es estar dormido y despierto al mismo tiempo; que se pinta desde el sueño y se corrige desde la vigilia. Sabemos que se ha de dejar de pensar para ser, que se ha de intentar parar el mundo para existir como pintor y para esto la única vía es amar el oficio, y a los que lo hacen y lo han hecho. Pintamos porque amamos la pintura, porque notamos la destreza y el ánimo de cualquiera que haya dejado un trazo en cualquier superficie y en cualquier época.

María y yo sabemos que la pintura es caprichosa, que obedece más a la mano que a la cabeza, que ocurre cuando ella quiere. Por eso los grandes artistas no dejaban jamás de trabajar, lo hacían de un modo obsesivo para ahorrarse la aguda crisis de enfrentarse tras un parón a volver a aprenderlo todo, a volver a dudar de todo.

María y yo sabemos que un verdadero pintor ha de luchar denodadamente con su obra y su incapacidad para ejecutarla. Solo de esa tensión, la lucha desigual entre el encargo divino y la humana torpeza para acometer las comandas de los dioses, saldrá el verdadero trabajo.

Busco en internet textos sobre María. Aparece uno mío, una entrada de mi blog de hace dieciocho años. Lo releo y descubro que es aún absolutamente vigente. Es este:

«Me llama María Buil, excelente pintora y ciudadana, residente ahora en París (ay, qué tiempos) para que le escriba un texto que glose una serie de cuadros que anda haciendo de ovejas muertas y abiertas en canal. Las está pintando en Lanaja, donde su padre tiene el ganado y, amorosamente, le ha preparado un estudio. También le mata y prepara las ovejas viejas o enfermas para que las pinte. Y allí anda ella entre vísceras y óleos. Por supuesto, como siempre, el texto es para ayer.

Esto es lo que le he hecho:

La pintura, la de verdad, nació para retratar, para pintar carne. La bella y untuosa materia de los cuadros de Rembrandt o de Ticiano, que figura rostros, o piernas, o vientres, o sexos, es más pintura en sí misma, que la que figura, árboles, o ríos, o piedras. La pintura es una actividad humana que algunos hombres ejercitan, y lo hacen, a menudo, para exorcizar la muerte, la propia muerte y la de los que aman.

El primer hombre lo fue porque tuvo miedo y memoria. Miedo a la naturaleza y memoria para contar a sus descendientes cómo se defendió de ella. Algunos, algo más tarde, se entretuvieron en garabatear en las paredes de las cuevas cómo se cazaba y cómo eran las presas. La

diferencia entre el animal y ellos, era que ellos podían pintar al animal, figurarlo, exorcizarlo, imitarlo y el animal no. Con esta sutil diferencia comenzó todo. La carne inerte, muerta y roja aún, es una poderosa imagen en sí misma. Traducida a pintura ha sido un tema recurrente desde Bacon a Leonardo. Los cristianos adoran a un ser sanguinolento y moribundo colgado de un madero que les recuerda lo fútil de todo lo que en el mundo es. El sacrificio, de un ser humano o no, es un rito recurrente en una gran parte de las religiones. No es de extrañar que a los artistas de todos los tiempos les haya interesado representarlo, figurarlo de algún modo.

María Buil es una pintora que vive en el inicio del tercer milenio y que está empeñada en hacer cuadros atemporales. Por esto pinta cadáveres de ovejas abiertos en canal y crucificados. Del mismo modo que lo podía haber hecho cualquier pintor de los últimos cinco siglos. Lo hace porque cree que el progreso no es una cuestión exactamente artística, por mucho que se empeñe la historiografía del arte más al uso. Lo hace porque quiere que se repita el mismo milagro que hizo que existieran en su día los mejores cuadros. Lo hace del natural, ante el cadáver, porque sabe que sólo así será posible la transmutación del aceite y el pigmento en carne putrescible, como la nuestra».

Texto para María Buil. 18/04/2005

El texto lo escribí hace casi dieciocho años, repito, y sigue tan vigente como nuestra camaradería y amistad. Hemos sabido, como Wilde, que puede prescindirse de todo salvo de lo superfluo, que lo superfluo es precisamente lo que nos hace humanos: que es imposible aprovechar el tiempo que fluye, hagamos lo que hagamos. Que es imposible aprovechar el tiempo, que es vida y

la vida tiempo. Que las cigarras son las buenas, que las hormigas también pierden el tiempo ahorrando. Que el porvenir, si algo es, es decrepitud y muerte. Que si quieres ver reírse a Dios, cuéntale tus proyectos.

María, como los sabios, ha empeñado su vida en lo único sensato: el Arte. El Arte entendido como medio y fin a un tiempo. El gusano no sabe por qué segrega seda, ni el caracol por qué se desliza sobre baba. María no sabe ni qué, ni por qué, ni para qué pinta. Sabe que hacer es la forma correcta de pensar. Que la reflexión sin acción es la fuente de los grandes males del alma. Que el humano cree saber cosas que en realidad siente y cree sentir cosas que en realidad sabe, que todo proceso educativo es cercenador y represivo y que la vida es muy corta para dedicarla a cosas serias.

Conocí a María en Villamayor cuando estaba recién instalado. Yo venía de vivir en París y antes en Madrid. Al poco de conocerla consiguió la beca de la Casa de Velázquez en Madrid; la misma que yo había obtenido catorce años antes, y después, al igual que yo, se instaló en París. En París trabajamos con la misma galería, Galerie des Singuliers, durante lustros. Ha caminado por el mismo camino que yo, por lo que las referencias compartidas son enormes. Nuestra complicidad es total.

Pintar es sobre todo un misterio. Pintar es describir sin palabras, cantar sin voz, gritar silencios.

ROJO

En castellano el color rojo se dice también encarnado. Encarnados son los cuadros de María. Los retratos, las ovejas vivas y muertas; los cerdos, sus vísceras, sus patas. Hasta los peces son encarnados, rebosan carna-

lidad. La carnalidad, lo carnal, vivo y muerto es el tema fundamental de la sala donde se exponen los cuadros rojos. Podemos decir que son retratos. Un retrato es la representación de un sujeto por otro sujeto. Sujeto en el sentido cartesiano del término: como un ser racional responsable de tomar sus propias decisiones. Recientemente se ha aceptado que los animales son seres racionales. Los antropólogos y primatólogos caminan de la mano. El pintor «encarna» mediante el color a otro sujeto y espera que los geniecillos de la pintura le sean favorables y que se parezca sin que el resultado sea atormentado. La pintura, la de verdad, no acepta ser doblegada. Hay multitud de cuadros que los pintores llamamos «insistidos», «resobaos», «cromos». Cuadros que nos han vencido por no saber parar a tiempo, por no fiarnos de nuestra mano. Hay pintores que más que hacer cuadros los perpetran, cometen el error de intentar copiar toda la realidad y no dejando ser a la pintura lo que ha de ser: levedad, aparente facilidad, invitación a entrar en la imagen.

María sabe que la actividad más profunda del trabajo artístico es la de dibujar. Y la que más exige. Muy poca gente se da cuenta de que el pintor, a diferencia del escritor o del arquitecto o del diseñador, no solo crea, sino que también ejecuta, construye, su arte. Pintar o dibujar es sobre todo descubrir, asombrarse de lo que surge, es un proceso divino; es encontrar el efecto y la causa. La fuerza del color, aun siendo importante, es mínima en relación a la línea, a la estructura. La línea, la estructura, demuestra lo tangible con mayor definición que la propia vista. Dibujar y pintar es «tocar»: tener la prueba que pedía Santo Tomás. De la mente del pintor sale la prueba de que el mundo es sólido, material. De una gran pintura, aunque solo represente unas botellas, como las de Morandi, unas formas que hemos visto mil veces, sur-

ge la prueba de su existencia. La pintura es más real que las imágenes que representa. A mi juicio, en los cuadros las situaciones están a punto de ocurrir y en las fotografías no hay duda de que son hechos ya acontecidos. Me atrevería a afirmar que los cuadros son una realidad viviente en sí mismos.

VERDE

En la sala donde se exponen los cuadros verdes, además de vegetales, hay también retratos, de niños, un cuadro que representa un sapo y cinco que figuran helados y pasteles.

«No es fácil ser verde» cantaba la rana-marioneta Gustavo en el programa de Barrio Sésamo en una canción sobre la identidad. Los refranes sobre el uso del color que yo escuché con frecuencia en mi periodo de aprendizaje cuando era niño abundaban en la idea: «ocres y sienas a manos llenas»; «dónde no veas color mete negro sin temor»; «el verde ni lo saques del cajón». «Quien con verde se atreve por guapa se tiene» es otro refrán popular que abunda en la cuestión. Napoleón murió envenenado por los efluvios de arsénico que emanaban las paredes verdes de su residencia en la isla de Santa Elena.

Manejar los tonos verdes como los maneja María no es fácil; sin embargo, en sus cuadros resultan armónicos y majestuosos.

Los retratos de niños son una de las especialidades de María. No están en la sala en que se exponen los retratos de adultos. Creo que esta selección es intencionada. Los niños son antes presencia que esencia. Los niños son más naturaleza que cultura.

Los helados y pasteles son la última excusa para que la

pintura de María obre el milagro de la transustanciación. La nata es blanco de titanio, y también nata. Los helados de María refuerzan mi afecto con los pintores publicitarios que conocí por decenas en mi primera juventud. Los había mejores y peores, pero todos ellos estaban orgullosos de su oficio. Se sabían de alguna manera magos. Sus helados que anunciaban los gustos en las heladerías no llegaban a la calidad de los de María, pero la honestidad con la que estaban pintados, aunque torpe a menudo, lograban transmitir el deseo de probarlos. El mundo de la publicidad ha sido importado por el arte pop frecuentemente. Pero a María lo que le importa es la cualidad que tiene la pintura, desde siempre, para figurar cualquier cosa vista o soñada.

Nunca he compartido la evidente idea de que las pinturas son estáticas. La singularidad de mirar un mismo cuadro en repetidas ocasiones a lo largo de los años que suele acontcernos a los pintores, me reafirma en la idea de que los cuadros son cambiantes. Es como si profetizaran nuestra cambiante experiencia.

Cuando miro un cuadro realista que me gusta no sé el porqué. Supongo que admiro su espíritu, y me digo «sí, es una excelente construcción». Pero inmediatamente después pienso en el objeto o sujeto que ha podido ser el origen del cuadro que admiro y caigo en que la «construcción» o la «factura», son tan solo una parte para digerir la «verdad». Es lo mismo que pasa con la poesía, los renglones impresos, más o menos bellos, son tan solo el vehículo para descubrirnos una verdad oculta sobre nosotros mismos.

Los cuadros y los poemas son espejos en los que nos podemos descubrir. Los cuadros y los poemas son una verdad con apariencia de mentira para poder ser digeridos.



Dentro de la niebla un vestido rojo languidecía tendido en la azotea de una casita baja de las afueras. El rojo del vestido era como una señal que nos guiaba hasta el taller de María Buil en Orillena. Orillena es un pueblo de colonización de apenas 200 habitantes que pertenece al municipio de Lanaja, del que le separan unos 6 kilómetros de distancia. La expectación era grande pues nunca había tenido la ocasión de verla en su ambiente y de conocerla un poco mejor. Por entonces yo solo había visto su exposición en el Monasterio de Veruela que me había impresionado bastante, y en algunos retratos reconocí la luz cegadora de los Monegros entrando en habitaciones poco acogedoras.

Se me hacía raro que no hubiese instalado su taller en la misma Lanaja, donde estaba su casa familiar. Estaba esos días pintando grandes lienzos de carnes muertas. Un cordero abierto en canal colgaba delante del caballete. Su padre le había ayudado a despellejar el animal, que para eso entendía mucho de ganado. Sobre una mesa blanca, las vísceras sanguinolentas, algunas ennegrecidas por el frío, nos dejaron mudos durante un instante. Muy cerca, sobre la mesa de trabajo se extendían todos los rojos para pintar esas carnes muertas. Siempre me han fascinado los talleres de los pintores donde huele a trementina, los botes con pinceles, los tubos de óleos por decenas, los colores mezclados en una paleta, los cuadros y los bastidores apoyados contra las paredes, todo en un aparente desorden, se conjugan de forma mágica como en el laboratorio de un alquimista medieval. La belleza y fuerza de sus cuadros nos hizo pensar en las naturalezas muertas de Rembrandt. No estuvimos mucho rato pues seguíamos camino hacia Huesca a ver una exposición de otra pintora aragonesa, Katia Acín, en La Carbonería, una galería tristemente desaparecida. Eso fue a finales de 2004 y solo he vuelto a ver a María Buil en un par de

ocasiones. Recuerdo sus manos enrojecidas por el frío y su juvenil sonrisa. Yo nunca podría vivir aquí, tan aislada, pensé con admiración y con envidia. La luz de su taller resplandecía dentro de la niebla monegrina cuando nos fuimos de allí.

Casi cuatro años después vi su exposición *Retratos* en el Torreón Fortea. Me quedé muy sorprendida al ver aquellos enormes cuadros de verduras. Aquel viraje del rojo al verde me pareció arriesgado y valiente, y de allí me habría llevado a mi casa esas tres coliflores sobre fondo blanco que son como tres hermanas a cual más primorosa.

María Buil no solo pinta muy bien, también escribe muy bien. En varias declaraciones que ha hecho para los medios se explica con gran claridad, con total franqueza, y en eso su escritura se parece a su pintura. En una ocasión, en el programa Borradores de Antón Castro, dijo ante un lienzo de Marín Bagüés: «Lo que más me llama la atención es que en sus cuadros hay una emoción, una sinceridad casi descarnada. No dejas de ver la profundidad de las personas. Igual es la mirada, las actitudes, esa franqueza. Veo personas vivas». Creo que las palabras *emoción, sinceridad, descarnada, franqueza y personas vivas* son palabras que la definen a ella. Para María Buil un cuerpo, una fruta, un árbol, una víscera, son cosas llenas de vida. Lo que ella hace con su pintura es (en sus propias palabras) «sublimar el objeto, aprehender su belleza, intensificar su presencia».

Con María Buil comparto mi sangre najina. Procedemos ambas de una familia de mujeres poco convencionales. Eran mujeres menudas, no muy habladoras, que siempre tenían algo que hacer. Mi abuela Adora y su abuela Emérita eran primas hermanas. Mi abuela se lo pasaba bien con sus primas, que vivían ajenas al qué dirán y vestían

con pantalones. Mi abuela visitaba con frecuencia la carnicería de Matilde, hermana de Emérita, porque le gustaba ver a su prima *despiazar* las carnes con fuertes golpes de machete sobre un alto tarugo de madera (mi abuela tenía uno parecido en su recocina). No tenían miedo a la sangre ni a las vísceras, y era un misterio la procedencia de esa fuerza necesaria para una tarea que era más propia de hombres fornidos que de mujeres flacas y elegantes con aspecto de vegetarianas. Creo que María ha heredado la fortaleza de su abuela y sus tías. Un retrato de su tía Elvira lo tituló *Vencer al miedo*.

M^a Cruz Gazol, la madre de María Buil, que estudió Medicina (igual que su padre), y mi madre, que estudió Farmacia (igual que su padre también) fueron las primeras mujeres universitarias de Lanaja. Tal vez ellas habrían querido estudiar otras cosas distintas de sus padres, pero fueron educadas en una sociedad en la que el mero hecho de ir a la universidad, más siendo mujer, era una rareza y un privilegio. Fueron trabajadoras competentes y amantes de su profesión. Recuerdo a M^a Cruz cuando venía desde su consulta de pediatría a la farmacia a visitar a mi madre y entraba con la bicicleta en la que se desplazaba por la ciudad, lo cual era entonces una modernidad. Tal vez las dos primas habrían querido que las hijas siguiéramos sus pasos, pero lo que más deseaban era que fuésemos libres. Por ello no se opusieron a que tomásemos el camino de las artes, que intuían accidentado y poco seguro. Me fascinan los retratos de María Buil porque son de personas muy queridas para ella y eso es algo que emana del lienzo. Permanece en mi retina la mirada de Hilario Buil, su padre, llena de amor a la vida y de sabiduría. Son retratos excepcionales. No podría pintar todo aquello que le importe un comino.

Me consta que María Buil nunca se ha arrepentido del camino que tomó, y aunque ella se lo adjudique al azar, está más que claro que no podría haber sido de otra manera. Esta excelente exposición lo confirma. El paso del tiempo es algo que favorece al artista que no ha dejado de trabajar porque, como ella reconoce, aprendes a vivir con un pie en el abismo.





Recreación del montaje expositivo en la sala Goya del edificio Paraninfo



Ángeles de Fragonard. 2006
Óleo sobre lienzo, 55 x 46 cm (oval)



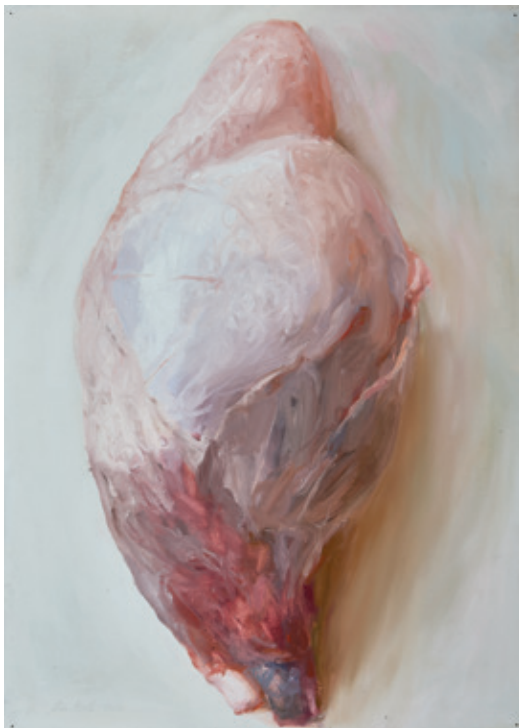
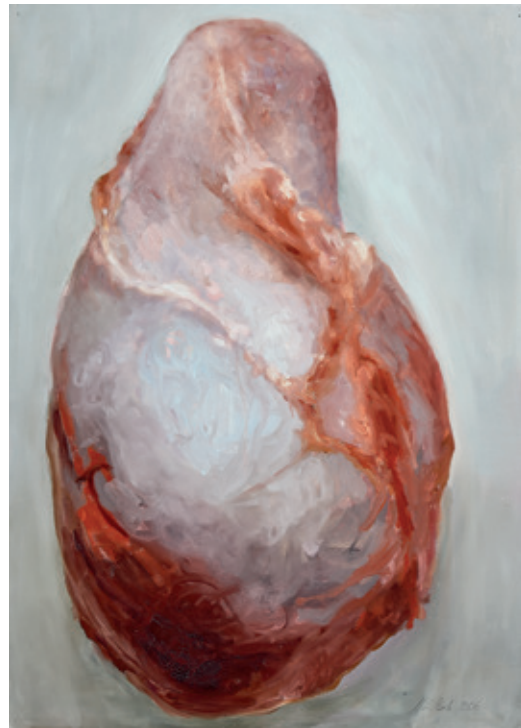
Ángeles ascendiendo en el borde de una nube. 2006-2008
Óleo sobre lienzo, 130 x 81 cm



Visceras disfrazadas de ángeles en un Fragonard. 2006
Óleo sobre lienzo, 180 x 150 cm



Corazón. 2006
Óleo sobre tabla, 24 x 19 cm



Visceras grandes. 2006
Óleo sobre tabla, 107 x 77 cm



Tía Elvira. Cuando se ha vencido el miedo. 1999
Óleo sobre lienzo, 162 x 97 cm



Tía María Teresa. 2015
Óleo sobre lienzo, 162 x 114 cm



María Cruz (Retrato de madre). 2015
Óleo sobre lienzo, 51 x 50 cm

MARÍA BUIL

CURRÍCULUM

EXPOSICIONES INDIVIDUALES

2020

Madre Naturaleza, Galerie Frédéric Roulette, París

2017

Réalistes de l'Incarnation, Espace Châteaufort Rio Montceau, París

2015

Lo visceral en la experiencia estética. Galería Gil de la Parra, Zaragoza

2012

Portraits. Galerie Les Singuliers, París

2011

Être Femme. Galerie Les Singuliers, París

2010

María Buil. Naturalezas vivas. Sala de exposiciones, Ayuntamiento de Alcañiz

2008

María Buil. Retratos-Portraits. Torreón Fortea, Zaragoza

2006

María Buil. Galerie Les Singuliers, París
Visceras y Alas. Sala Juana Francés, Zaragoza

2005

Territorio íntimo-íntima violencia. En la Frontera, Puerta Cinegia, Zaragoza

2004

María Buil. Galerie Les Singuliers, París
María Buil. Peintures. Espace Châteauneuf, Tours

2002

María Buil 2000-2002. Monasterio de Veruela, Zaragoza
Confluencias Casa de Velázquez, Madrid.

1999

María Buil. Ahora y Nunca, Palacio Montemuzo, Zaragoza

1997

María Buil. Galería Nostr-Art, Gerona

1996

María Buil. Galería Recoletos, Madrid

1994

María Buil. Galería Manel Mayoral, Barcelona

EXPOSICIONES COLECTIVAS

2016

Flora y Fauna. Palacio de la Aljafería, Zaragoza

2013

Rostros/Retratos. Cortes de Aragón, Palacio de la Aljafería, Zaragoza

2009

Violentes femmes, Musée du Montparnasse, París
Afinidades, Aragonés del Arte, Zaragoza
13 Prix Antoine Marin, Galerie Municipale Julio González, Arcueil
Arte y solidaridad. Galería de arte Carlos Gil de la Parra, Zaragoza

2008

La pintura en los tiempos del Arte. Edificio Baluarte, Pamplona

2006

Vàrfok Galéria, Budapest

2005

Scoop-London, Londres
Fête de l'humanité. Espace Seine-Saint-Denis, París
Violentes Femmes. Château de Tours, Tours

2004

ARCO. Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Madrid

2003

Imágenes de mujer. Museo Pablo Serrano, Zaragoza

2002

Artistas de la Casa de Velázquez 2002, Lourmarin, Aix-en-Provence

Seres Híbridos. Casa de Velázquez, Madrid

Aquí, Arte+Rolde. Torreón Fortea, Zaragoza

2001

Artistas de la Casa de Velázquez 2001.

Institut de France, París

2000

Arte Joven 2000, Museo de Huesca y Museo Pablo Serrano, Zaragoza

El sueño rojo de Buñuel. Centro Buñuel Calanda, Calanda (Teruel)

Zarte. II Premio de Pintura Ciudad de Zaragoza

1999

ARCO. Galería Val-i-30, Valencia

KM. 5.100. Capilla del Oidor, Alcalá de Henares (Madrid)

1998

XII Premio de Arte Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. Palacio de Sástago, Zaragoza

1997

XI Premio de Arte Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. Palacio de Sástago, Zaragoza

1996

Peinture Joven, Sala Parés, Barcelona

X Premio de Arte Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. Palacio de Sástago, Zaragoza

1995

Sala de arte Lola Anglada, Barcelona

La balsa de Babel, Galería Val-i-30, Valencia

Espai obert, Galería Ferran Cano 4-Gats, Barcelona

Galería Arte-Clío, Pamplona

IX Premio de Arte Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal. Palacio de Sástago, Zaragoza

1993

Galería Val-i-30, Valencia

1992

Torreón de Lozoya, Segovia

BECAS Y PREMIOS

2002

Beca del Ministerio de Cultura, Collège d'Espagne, París

2000

Beca de dos años en la Casa de Velázquez, Madrid. Diputación de Zaragoza Y Ministerio de Educación Francés

Mención especial, *Zarte*. II Premio de Pintura de la Ciudad de Zaragoza

1998

Gran Premio de Arte, Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal, Zaragoza

1997

Mención especial del jurado por la obra de un artista menor de 30 años, XI Premio de Arte, Santa Isabel de Aragón, Reina de Portugal, Zaragoza

1995

Beca de pintura *Rascafría-95*, Agencia de Medio Ambiente, Comunidad de Madrid

Finalista XXXVII Premio de Pintura Joven Sala Parés, Barcelona

Seleccionada para la 1Mostra d'Arts Plastiques per a joves, Generalitat de Catalunya

1994

Beca de Pintura de la Fundación Rodríguez-Acosta, Granada

1993

Beca de Pintura del Paular a Segovia, Diputación de Segovia-Comunidad de Madrid

*Sur une assiette bien ronde en porcelaine réelle
une pomme pose
Face à face avec elle
un peintre de la réalité
essaie vainement de peindre
la pomme telle qu'elle est
mais
elle ne se laisse pas faire
la pomme
elle a son mot à dire...*

*Sobre un plato bien redondo de porcelana real
posa una manzana
Cara a cara con ella
un pintor de la realidad
trata en vano de pintar
la manzana tal como es
pero
no se deja hacer
la manzana
tiene algo que decir...*